

La fierecilla domada

TEXTO: MAURICIO MONTIEL FIGUEIRAS

Imaginemos un circo a la vieja usanza, la enorme carpa con vetas de colores que cobija múltiples hileras de asientos ceñidos en torno de una pista que ha sido cubierta de aserrín para mitigar un poco –pero sólo un poco– el olor de las deyecciones animales. Imaginemos al maestro de ceremonias, un tipo de bigote puntiagudo que lleva sombrero de copa y levita roja y que, luego de anunciar el siguiente número del programa con enjundia impostada –“Vean, damas y caballeros, cómo el rey de la selva pierde su corona a manos del hombre”–, desaparece tras la cortina por la que han salido magos, payasos, trapevistas y otros ejemplares de la fauna circense. Imaginemos a tres enanos que al cabo de un par de minutos, secundados por un redoble de tambores, se presentan en la pista tirando de una jaula con ruedas donde viaja un león cuya ferocidad se ha disuelto en el aire pacífico que conceden la abulia y la aquiescencia de varios años; a unos pasos de la jaula viene el domador que no es otro que el maestro de ceremonias, quien se ha desprendido de levita y sombrero para mostrar una calvicie que brilla bajo los reflectores. Después de saludar, y mientras los enanos se esfuman una vez que han abierto la puerta de la jaula, el domador inicia su show ayudándose del látigo que esgrime en la mano derecha. Azuzado por los latigazos, el león deja la jaula y, luego de rugir con fastidio, cumple al pie de la letra con el libreto que le atañe: amaga con atacar, realiza cabriolas, se yerque en dos patas, permite que la cabeza del domador se deslice entre sus fauces sin riesgo alguno. El público grita, silba y aplaude. El domador se deshace en caravanas. El león vuelve a su jaula en espera de una recompensa alimenticia que no tardará en llegar.

Ahora imaginemos el mismo circo como metáfora del medio literario. El público alrededor de la pista no es sino el lector incauto, atento al redoble de tambores que preludia la irrupción de la más reciente fiera amansada por el domador disfrazado de maestro de ceremonias o viceversa, que no es otro que el editor y/o agente ansioso porque el espectáculo continúe. La estrella de la noche es por supuesto el escritor, el león que ha cambiado con gusto el arrojo y la rudeza por los premios arreglados entre agentes y editores, los adelantos por novelas –¿vale la pena escribir algo más?– que responden a las normas en boga, las invitaciones a congresos de talla internacional donde hay que rugir aunque sea con desgana, la participación en ferias del libro en las que ya no importa el libro sino el contrato que lo respalda: dime quién es tu adiestrador y te diré quién eres. Tampoco importa que el león luzca apático o torpe, desdentado o ciego: hay cachorros nacidos en cautiverio que ya están siendo convenientemente amaestrados para fungir como excelentes sustitutos que saldrán de la jaula al oír el chasquido del látigo. Importa aún menos que lejos del circo, en las llanuras calcinadas por el sol, haya animales indómitos que corren con entera libertad: al público que paga boleto sólo le interesan las fierecillas domadas, y es sabido que al público –por más escaso que sea– se le debe dar lo que pide. •

MAURICIO MONTIEL FIGUEIRAS

Guadalajara, 1968. Es narrador, ensayista y editor. El Fondo de Cultura Económica publicará en los próximos días *Terra cognita*, su libro más reciente.